

Enrique González Rojo, el filósofo

Por JAIME LORENZO

Cap. I

Hace algunos meses, en estas páginas, Federico Patán publicó una serie de artículos acerca de la poesía de González Rojo. Ahora es el turno de su obra filosófica y política.

Como se sabe, González Rojo (D. F. 1928) es descendiente de poetas: su abuelo, González Martínez, y su padre, González Rojo que fuera miembro del grupo de Contemporáneos. Y él también sería poeta, pero además sería militante comunista y espartaquista y, paralelamente, se internaría en los sinuosos rumbos de la reflexión filosófico-política.

Las inaplazables exigencias de la militancia le hicieron ante todo un pensador político. El centro de sus inquietudes ha sido siempre la elaboración continua y reflexiva de una teoría política revolucionaria que coadyuve y pugne por la transformación del mundo en una sociedad sin clases.

Si bien le tocó vivir la época en que el stalinismo dominaba por completo el panorama comunista internacional, apenas empezaron a brotar las críticas por doquier y se reanudó la tradición del marxismo más combativo, González Rojo tomó el tren que lo ha llevado a una obra marxista crítica, propia y original.

Podemos situar ese momento a principios de los años 60. La célula Marx del PCM, compuesta entre otros por José Revueltas y González Rojo, se separó del partido por ruptura con la dirección y se constituyó en la Liga Leninista Espartaco.

Los movimientos ferrocarrileros y magisterial de fines de los años 50 habían demostrado empíricamente la escasa influencia de los comunistas en los trabajadores mexicanos. Esta era una de las principales razones que hablan llevado a Revueltas a la tesis de "la irrealidad histórica" de la izquierda mexicana, misma de la que partía la LLE en su comienzo.

El movimiento comunista internacional vivía la crítica del stalinismo, del culto a la personalidad, de la dureza de los regímenes que se habían autoproclamado socialistas, en fin, del autoritarismo de una dictadura que ya no parecía ser la del proletariado.

Por otra parte, se vivía la euforia de la reciente revolución cubana. La vía guerrillera aparecía como la opción revolucionaria para América Latina. Se cuestionaba incluso la necesidad de un partido que unificara a los comunistas y a los trabajadores. Sin duda, la revolución cubana se convirtió en un factor que removió la insulsa pasividad de la izquierda mexicana.

Pues bien, junto a José Revueltas y demás miembros de la LLE -algunos de los cuales, chaqueteramente, ahora son funcionarios- González Rojo comenzó una labor teórico-política que aún hoy sigue desarrollándose.

En ese entonces se imponía, en efecto, una labor teórica de largo plazo. Al lado de la irrealidad histórica de la izquierda, empezó por reconocerse una "irrealidad teórica": la ausencia de una teoría política revolucionaria que adaptase la teoría leninista del partido a la realidad concreta mexicana.

Se reivindicaría, en primer término, la necesidad del partido revolucionario. Si bien la guerrilla cubana había prescindido de un partido, apenas tomaron el poder ya no pudieron hacerlo. Para asegurar a los revolucionarios en el poder se requería de

la creación de un partido comunista. Por ello, sin descartar, al contrario, reconociendo la vía armada como una parte o una etapa necesaria de la revolución, la lucha por la generación de un partido que fuera la conciencia comunista organizada y que, al integrar en su seno a la clase obrera y a las masas en general, permitiera no solamente la destrucción del capitalismo sino que, al tomar el poder, impidiera los excesos autoritarios y burocráticos del stalinismo, tenía que ser un principio de la acción política.

Así, la teoría de la organización revolucionaria en México se colocó en el centro de las reflexiones de González Rojo. Pensando siempre en el qué hacer para que se realice la revolución, la organización política, su programa, sus principios, su constitución interna, su composición, pero también sus alianzas, sus posiciones frente a lo nacional y lo internacional, su labor empírica, sus luchas y los fines que persigue, fueron desde entonces los problemas que debían plantearse, analizarse, discutirse, desarrollarse...

Para ello, sobre la marcha González Rojo vio la necesidad de introducir argumentos filosóficos e históricos que permitieran ampliar y diversificar las perspectivas políticas y, al mismo tiempo, que hicieran corresponder a éstas con las nuevas condiciones concretas de la lucha de clases, así como recuperar los nuevos hallazgos críticos que han ido interrogando cada vez más profundamente las contradicciones y alienaciones de las sociedades de clase.

Los libros teóricos de G. R. son: Para leer a Althusser; Teoría científica de la historia; La revolución proletario intelectual; y Epistemología y socialismo (Ed. Diógenes): Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual (Ed. Grijalbo); Bosquejo para una teoría del Estado (Ed. Pico y Pala): y la Obra filosófico-política, 8 tomos, de los cuales ya

están publicados los 2 primeros: Los trabajadores manuales y el partido y La naturaleza de los llamados países socialistas (Ed. Domés).

Cap. II

Con el fin de introducir al lector al terreno en que se mueve el pensamiento de González Rojo, en el capítulo de ayer se hizo mención de las circunstancias en que comenzó a desarrollarse por su propio pie. Por otra parte, se mencionaron las necesidades teóricas que amenazaban de tales circunstancias.

A partir de ahora dejo la exposición “cronológica” por motivos de claridad. Si bien, por la naturaleza de los temas a tratar, lo que sigue aparenta en ocasiones una cierta cronología, he pensado que para evitar las muy probables confusiones que acarrearía exponer prospectivamente la evaluación del pensamiento de González Rojo -pues a menudo la posición más reciente contradice a la más antigua- lo más adecuado podría ser la exposición de los planteamientos que han sido elaborados más recientemente. Desde luego, al tener en cuenta que estos últimos no hubieran podido elaborarse sin la base de lo anterior, aquello que se conserva, se suprime o se supera, aparecerá en la medida en que sea necesario para la exposición. ¿Debo aclarar aquí que por ésta y otras razones mi interpretación es, deliberadamente, hasta cierto punto libre.

En primer término, es preciso señalar que, al contrario de lo que ha sucedido con un buen número de partidos y organizaciones, tanto a nivel nacional como internacional, cuyos fines ya no son revolucionarios sino reformistas: ya no transformar radicalmente la sociedad sino mejorar las condiciones existentes, los fines de la organización comunista

en González Rojo siguen siendo aquellos que conduzcan a la sociedad sin clases, sin explotación económica, sin opresiones políticas.

Por otra parte, al contrario de quienes piensan que el marxismo agotó sus recursos, González Rojo ha pensado que la teoría marxista es perfectamente susceptible de autocrítica, de cobrar nuevos bríos en la creación de nuevos conceptos o en el desplazamiento de los tradicionales, de dejarse fecundar por los hallazgos críticos que se produzcan fuera de él, en fin, que debe concebirse al marxismo, además de como una praxis, como una teoría filosófica y científica que se encuentra en movimiento perpetuo.

Una muestra de lo anterior puede verse en la manera de pensar la sociedad comunista (tema que ha sido el blanco de un gran número de críticas al marxismo). Ya no es la visión idílica en que muchos marxistas -incluso Marx- hicieron pensar, no tanto por una cándida predicción como por la dirección de sus argumentos: con la socialización de los medios de producción y bajo la conducción de un estado proletario que destruye los vicios del capitalismo, se transitaría paulatinamente al comunismo, modo de producción que se basaría en la libre asociación de los trabajadores (hombres libres y polifacéticos), en la propiedad comunitaria, en la igualdad económica y política, en la consigna del "a cada quien según sus necesidades, de cada cual según sus capacidades".

De aquí fácilmente se infería un "reino del bien" escatológico, a veces peligrosamente semejante al paraíso cristiano o a otras tierras prometidas. También se podía concluir que coincidía con las utopías o con el reino hegeliano de la razón absoluta.

Pero González Rojo recuerda que Marx, en La ideología alemana, había dicho que el comunismo no es un ideal a alcanzar sino el producto social del movimiento real de la historia, es decir, un estado de cosas que surgirían no de la simple continuación de la historia sino de la transformación -necesariamente violenta- que por una parte se cocina objetivamente en las condiciones económicas reales del capitalismo y que por otra es impulsada por la rebelión de los proletarios.

Para Marx, en efecto, el derrumbe del capitalismo coincidiría con el ascenso de los proletarios al poder. Esta situación histórica sería de hecho superior al capitalismo en el sentido de que la organización social estaría en manos de la mayoría. Pero el socialismo no dominaría la vida social sino hasta que la propiedad privada estuviera socializada. Sería ésta la condición para que el ejercicio del poder por parte del estado proletario solamente se dedicara a la defensa de los intereses mayoritarios y a sentar las bases económicas y políticas para su propia disolución. Y así, tras un proceso que sin duda alguna haría correr mucha sangre, pero dominado por la racionalidad socialista, podría pensarse, para Marx, en el advenimiento de la sociedad comunista.

González Rojo, teniendo aquello del movimiento real de la historia y tratando de explicarlo sucedido con los países cuyo proceso revolucionario parecía haberlos llevado al socialismo (tema que veremos luego), se despoja decididamente de las connotaciones que permitían inferir de la concepción del comunismo una suerte de "reino del bien" -escatología- para pensar que el comunismo es sólo una posibilidad de la convivencia humana concreta (aquí me tomo cierta libertad interpretativa) por la que hay que luchar y que por tanto tendría que ser histórica, efímera, impura, heterogénea,

susceptible de nuevas contradicciones y enfrentamiento y también de engendrar su propia transformación.

Cap. III

La reflexión sobre la organización revolucionaria (el partido) y sus fines (la sociedad comunista) condujo a González Rojo al cuestionamiento de los países que se han autodenominado socialistas.

El desfase que existe entre lo que los clásicos del marxismo concibieron por socialismo –el ideal socialista- y el llamado socialismo realmente existente, le hizo dudar de la validez comunista de las organizaciones revolucionarias que habían llegado al poder y que luego, al contrario de sentar las bases para su propia disolución en cuanto Estado, bajo el doble pretexto de la industrialización forzada (puesto que el capitalismo del que habían surgido no se encontraba lo suficientemente desarrollado) y de la defensa nacional, habían constituido una dictadura que se hacía cada vez más fuerte y monolítica, que no parecía representar los intereses de los proletarios sino más bien los de la minoría burocrática que ejercía a sus anchas el poder.

El socialismo realmente existente, como lo demostraba la etapa stalinista, no se dirigía al comunismo. Ya desde Trotsky se había pensado en una degeneración burocrática y autoritaria. Esta era la idea que dominaba en los 60. Por eso, tras el vigésimo congreso del PCUS, se abrigaba la esperanza de una regeneración del socialismo. Había pues que extirpar el cáncer de la burocracia.

Sin embargo, desde la crítica de Bakunin a Marx, según la cual los comunistas formarían un gobierno de intelectuales que no

sólo no destruirían al Estado sino que lo consolidarían para su propio beneficio como nueva clase dominante, habían surgido todo tipo de críticas, muchas de las cuales permanecieron silenciosos por la euforia soviética primero y luego por las conocidas circunstancias de la segunda Guerra Mundial.

De la crítica burguesa de siempre, que si los comunistas son ateos, que si socializan hasta los calzones. etc., ni hablar. Pero de la crítica desde la izquierda hay que mencionar las tres posiciones fundamentales: la trotskista o la de la degeneración burocrática; la que sostiene que el llamado socialismo real es en realidad un capitalismo monopolista de Estado; y aquella que defiende la tesis del surgimiento de una nueva clase dominante. Si bien dentro de cada una de estas posiciones hay variantes y en ocasiones los argumentos de una y otra posición coinciden en sus señalamientos, el peso de las caracterizaciones reside en las tesis mencionadas.

Pues bien, a partir de la puesta en entredicho de la validez comunista de las organizaciones revolucionarias o de los partidos comunistas en el poder, González Rojo fue inclinándose poco a poco hacia la postura que defiende la tesis de un nuevo modo de producción y de una nueva clase dominante.

Si las revoluciones son llevadas a cabo por una o más clases sociales contra la clase dominante, también es cierto que de ahí surge una clase -de las que habían estado dominados- que se convierte en la beneficiaria del poder (como la misma burguesía tras la Revolución francesa). Si la Revolución soviética, por ejemplo, fue hecha por los campesinos y proletarios contra el zarismo primero y luego contra la incipiente democracia burguesa, los beneficios del poder fueron para los bolcheviques. En efecto, la organización bolchevique llevaba en su seno la nueva contradicción social:

por una parte, los dirigentes y revolucionarios profesionales, que luego se constituyeron en el Estado soviético; y por otra, las masas obreras y campesinas, trabajadores manuales, ejecutores. Los primeros, propietarios absolutos del poder, gente intelectual, con experiencia política y diversos conocimientos históricos y literarios en general, pertenecían de hecho a la clase intelectual, que bajo el capitalismo incipiente de la Rusia zarista -como por lo demás bajo todo régimen capitalista- se encuentra dominada por la burguesía y aparece frecuentemente, junto a los proletarios manuales, como trabajadora asalariada, pero que, bajo los nuevos regímenes se ha sustantivado en el poder.

En consecuencia, el modo de producción que impera en esos países, de la misma manera en que las demás sociedades de clase que han existido en la historia, debe recibir el nombre de su clase dominante: modo intelectualista de producción.

Aunque el nombre de la nueva clase dominante sea original de Bakunin y haya otros teóricos que sostienen que los intelectuales lo sean, como Gouldner, por ejemplo, corresponde a González Rojo el mérito de haberle dado un fondo histórico y filosófico sumamente elaborado: sin dejar de discutir las demás posiciones, incluso la de Gouldner, ha ido avanzando en la teoría de las sociedades intelectualistas y de su clase dominante; aún falta mucho por hacer, desde luego, pero ahí están sus tesis precisamente para discutir las.

Cap. IV

González Rojo, como se ha dicho, no concluyó rápidamente que debía reconocerse la existencia de una clase intelectual. Las evidencias concretas son palmarias. Pero la teoría marxista de las clases sociales no permitía pensar en otras

clases más que las que componen los tradicionales antagonismos; de manera que se hizo necesario un esfuerzo teórico para llenar ese vacío.

No bastaba con declarar a los intelectuales protagonistas de la nueva lucha de clases. Con ello el problema se simplificaba mucho, pero se abrían vacíos históricos muy peliagudos. Por mencionar sólo dos: la cuestión de su surgimiento en el capitalismo en cuanto clase ascendente; la de su reconocida existencia quizá no en cuanto clase sino en cuanto poseedores del conocimiento en los modos precapitalista.

Pero también se abría el problema de por qué los intelectuales pueden construir una clase social en el sentido marxista del término. No poseen medios materiales, pero sí medios intelectuales de producción. Estos últimos también pueden poseerse privadamente, desde luego. Sin embargo, González Rojo tuvo que reconocerlo a pesar del marxismo tradicional; y por otra parte, tuvo que recuperar –críticamente, claro– una de las labores filosóficas más interesantes que se han dado al interior del marxismo: la de Louis Althusser.

El trágicamente célebre teórico francés, se había dado a la tarea de reconocer en la teoría una práctica; ya no se trataba de una labor “no empírica”, sino de una práctica que coincide, desde su campo de acción, con lo que caracteriza al trabajo y a la actividad productiva: y la denominó prácticamente teórica.

La teoría de las diferentes prácticas permitió a González Rojo concebir, tras señalar que a Althusser le hacía falta pensar en la fuerza de trabajo, que los conocimientos que sirven a la técnica y a la teoría son medios intelectuales de producción.

Con ello se percibía claramente la distinción entre el trabajo manual y el intelectual. Hasta entonces, a la manera de Gramsci, no se veía la clave de su diferencia. Se pensaba,

simplemente, que en todo tipo de actividad concurren tanto las facultades físicas como las mentales. Lo cual es cierto, desde luego, pero deja de lado que la división del trabajo conmina a poner en juego, principalmente, dependiendo del tipo de actividad, o las facultades físicas o las mentales. Y las facultades intelectuales no se ponen en juego en el trabajo intelectual sino bajo una cierta calificación, es decir, usando ciertos conocimientos que les confieren una determinada competencia productiva.

De este modo de división del trabajo –intelectual y manual- se convierte en una patente contradicción social. Y el hecho de que depende de una propiedad privada, la de los conocimientos, la vuelve una contradicción clasista.

Ahora bien, para situarla dentro del capitalismo hay que pensar en una jerarquía de los antagonismos sociales: si la contradicción secundaria es la del trabajo intelectual y el manual.

Por otra parte, volviendo al tema de la organización revolucionaria, si la clase intelectual es la que de hecho se adueñó del poder en los países del este, en los países capitalistas es potencialmente susceptible de tomar las riendas del movimiento revolucionario y tomar el poder para sí.

Por ello González Rojo ha enderezado una fuerte crítica a las organizaciones de izquierda que no han visto este problema. El hecho de que sean los intelectuales los que dirigen, los que toman decisiones, los que de una u otra manera lleven la carga de la conciencia revolucionaria, y como contra partida, el hecho de que la clase trabajadora manual, en el mejor de los casos, queda relegada de la dirigencia y atendida a un papel meramente instrumental, carne de cañón o borreguismo, indica con claridad meridiana que la izquierda mexicana, diga

lo que diga, no pugna por los intereses de los trabajadores manuales, sino por los de la clase intelectual.

Como ya se ha dicho, ese tipo de organización conduce inevitablemente a la sustentación de los intelectuales en el poder, a la formación de un estado monolítico que no pugna por su propia disolución sino que se solidifica rápidamente.

Para salir al paso a esta jugarreta de la historia, González Rojo, recogiendo y desarrollando la tesis de Trotsky acerca de la necesidad de una revolución permanente, ha elaborado (sobre la marcha de la acción política y en forma grupal) la teoría de las diferentes: revoluciones o de la revolución articulada, según la cual, antes que nada, no sólo es preciso luchar, dentro y fuera de la organización política, para destruir el capitalismo, sino que, simultáneamente, hay que empezar a construir desde ya el socialismo. Únicamente así la revolución defenderá los intereses del proletariado manual.

Cap. V

Empecemos por discutir breve y someramente las diferentes posiciones que se han pronunciado en torno a la naturaleza de los países del este.

Para González Rojo, uno de los argumentos para pensar que no hay socialismo en esos países es que la propiedad de los medios de producción es estatal y no social como se pretende. Otro es que la gestión económica está a cargo de funcionarios con preparación profesional y no de los trabajadores manuales. Y los problemas que surgen en torno a la distribución de los ingresos se aclaran si se piensa en que existe una nueva contradicción social entre opresores (la

tecnoburocracia -la clase intelectual- que gobierna) y oprimidos (los trabajadores manuales).

Contra la postura trotskysta, que defiende la tesis de la degeneración burocrática, se opone, principalmente, la existencia de la misma propiedad estatal, que no puede dirigirse sino por burócratas exclusivamente (aunque sean elegidos y revocados democráticamente y aunque se deshaga la estructura vertical del partido gobierno), es decir, por una minoría privilegiada (por muy igualitaria que sea entre sí), respecto al resto de la población, que estará en desventaja económica, política y cultural. Y para ser burócrata es preciso poseer los conocimientos suficientes para ejercer un cargo, es decir, ser intelectual.

Y contra la concepción de que en esos países existe un capitalismo monopolista de Estado, se puede esgrimir, entre otros argumentos, que si bien la propiedad continúa siendo privada, el hecho de que sea estatal trastoca sustancialmente el modo de producción: la propiedad es colectiva pero no en el sentido en que lo es la propiedad de un consorcio capitalista, es decir, como una suma de capitales o acciones que se gestionan unitariamente, sino en el que es de hecho un todo indivisible al cual ningún individuo en particular tiene acceso de posesión ni siquiera en una mínima parte. Lo colectivo aquí no está supeditado a la posesión individual. La tecnoburocracia no es propietaria de los medios de la producción material más que en cuanto colectividad estatal. Y para pertenecer a ésta, repito, se necesita ser un profesionalista del tipo intelectual.

Ahora bien, respecto a los argumentos que sostienen la tesis de la existencia de una nueva clase dominante, hay que decir, con González Rojo, que no solamente pertenecen a ella los burócratas de alto rango sino la burotecnocracia en su

conjunto. La contradicción principal se encuentra en la división clasista entre el trabajo intelectual, de dirección o planeación, y el trabajo manual, de ejecución directa. Por ello los que han calificado su fuerza de trabajo en sentido intelectual y ejercen una función decisoria o de gestión directriz, sean o no de alto rango, pertenecen a la clase dominante, a la clase intelectual.

Por otra parte, no pertenecen a ella simplemente por su función o por la cantidad de sus ingresos -lo cual es generalmente una condición correlativa -sino sobre todo porque poseen, bajo la forma de la propiedad privada- título profesional, exclusividad individual- ciertos medios intelectuales de producción (los conocimientos necesarios para una gestión productiva en particular, sea cual sea la naturaleza de los productos).

El modo intelectualista de producción es la existencia concreta de la clase intelectual como nueva clase dominante. Por eso había que partir de él, acaso en forma polémica, para ver con más claridad la naturaleza clasista de la intelectualidad. Ahí resulta evidente la diferencia entre la tecnoburocracia y los trabajadores manuales, el dominio de aquella sobre éstos, la explotación económica y la opresión política.

Diferencia en la función social, dirección-ejecución; diferencia en ingresos y privilegios sociales y políticos. Dominio ideológico, político, económico: los trabajadores manuales son explotados en el sentido en que siguen separados del producto de su trabajo y en la medida en que sólo reciben lo necesario para sobrevivir; en cambio, la burotecnocracia, en cuanto colectividad estatal, es dueña de los medios de la producción material y, en cuanto agentes individuales de la dirección, son dueños de ciertos medios intelectuales de producción (técnica, teórica, ideológica). Y la opresión política

se puede ver desde la ausencia de democracia hasta los encierros psiquiátricos o la nula libertad de expresión.

(Aquí cabe aclarar que la disidencia de muchos intelectuales se debe sin duda a las pugnas interiores de su clase, que como todos es heterogénea y está compuesta por diversos sectores, cuyos intereses a menudo se oponen).

Cap. VI

La teoría de las diferentes revoluciones de González Rojo empieza por la advertencia de que no basta con la revolución económica, la subversión de la propiedad privada capitalista, para llegar al socialismo. Aunque en efecto se socialice la propiedad, todavía falta mucho para que se acabe de construir una sociedad realmente socialista.

El socialismo no debe verse como un modo de producción específico. Es la etapa de transición del capitalismo al comunismo. Sin embargo, para que de veras lo sea se necesita que la tendencia que la guíe sea de carácter comunista. Desde el principio tiene que plantearse una revolución permanente. Si se piensa que por decreto se toma una tendencia comunista y que por ende la sociedad es de hecho socialista, habrá que abrigar múltiples sospechas y señalar que muy probablemente lo que existe es en realidad una formación social de tipo intelectualista. Tal es el caso de los países del este.

La transacción del capitalismo al comunismo tiene que verse como un movimiento perpetuo. Al construir el socialismo se construye al mismo tiempo el comunismo, pero éste no dominará la vida social hasta que no se hayan consolidado los logros del socialismo. Consolidación que, como se había dicho,

no supone anquilosamiento sino, por el contrario, movilidad, renovación y superación constantes.

El socialismo es al mismo tiempo la destrucción de las clases sociales y la construcción del comunismo. Por ello no se es socialista con la mera revolución económica. Hace falta disolver las demás contradicciones sociales y sostener la subversión hasta sus últimas consecuencias. El propio mantenimiento de la tendencia subversiva es la etapa de transición que podemos llamar socialista. Y sus últimas consecuencias, el principio del comunismo.

Sin pensar la realización de las diferentes revoluciones como es ascenso de una escalera, es decir, de manera gradualista en el sentido de que una vez que se ha dado un paso entonces y sólo entonces es posible dar el siguiente, se puede hablar de una revolución articulada: que depende de una jerarquía concreta, de un orden de importancia, que no impide la sistemática anticipación, en la medida de lo posible, de la subversión de las contradicciones secundarias, mientras prioritariamente se realice la revolución económica, condición para que cobre realidad histórica la tendencia comunista.

En efecto, la revolución económica sigue siendo prioritaria; pero, simultáneamente, es preciso, como se dijo, salir al paso al ascenso de los intelectuales y realizar una revolución cultural anticipativa que subvierta la contradicción entre el trabajo intelectual y el manual, es decir, que se socialicen los conocimientos, sobre todo. Y una vez dada la revolución económica, una política prioritaria del gobierno de la clase manual sería la consolidación de la revolución cultural: no solamente socializar los conocimientos sino despojarlos de la herencia metafísica de occidente; no sólo subvertir la división vertical del trabajo -intelectual sobre el manual- sino subvertir la especialización individualizada de las tareas.

Paralela aunque secundariamente a éstas, se precisó subvertir el machismo mediante una revolución sexual que se proponga una igualdad real entre los sexos y la completa apertura de las preferencias del deseo.

Por otra parte, hay que proponerse una revolución antiautoritarista que subvierte todas las relaciones de la microfísica del poder. También es preciso subvertir la contradicción ciudad-campo (revolución ecológica) a que la industrialización ha conducido.

Y subvertir también el sentido capitalista de la tecnología: por una técnica que no implique un modo de vida, sino que exista únicamente a manera de instrumento alternativo.

Cap. VII

La teoría de la revolución articulada no es producto de un radicalismo delirante. González Rojo ha tratado de enriquecer al marxismo y a la teoría del comunismo, como ya se había dicho, con los hallazgos críticos que han ahondado en las relaciones de poder de las sociedades de clase. Desde luego, la cuestión no ha sido fácil. Ha sido necesario refuncionalizar, actualizar, profundizar por el ejemplo, lo que Mao entenderá por revolución cultural, o lo que los movimientos feministas y homosexuales han reivindicado para sí, o lo que el movimiento ecologista ha planteado como necesidad vital, etc.

Y, por supuesto, hace falta discutir y profundizar muchísimo al respecto. Pero eso no es labor de un grupo ni mucho menos de una sola persona, sino de todo el movimiento y revolucionario. La labor teórica de González Rojo debe verse como una contribución entre las demás para la formación y discusión de la teoría de la revolución.

Pues bien, la teoría de la revolución articulada supone que la destrucción del capitalismo tiene que coincidir con la construcción del socialismo.

De este modo, la organización revolucionaria, que para serlo tiene que defender realmente los intereses de los trabajadores manuales, al mismo tiempo que plantearse y llevar a cabo la destrucción del capitalismo, tendría que anticipar la construcción del socialismo.

González Rojo ha propuesto que la organización de los revolucionarios sea una suerte de laboratorio de comunismo. Para pugnar por el comunismo es necesario pugnar por ser comunista. No solamente luchar contra el capitalismo sino subvertir las relaciones sociales que se sostengan por las contradicciones culturales, sexuales y de poder en general. Y subversión no sólo externa sino también al interior de la organización, pues ésta, no se olvide, es la que tomará el poder tras la revolución económica, y por tanto, en cuanto destacamento del proletariado manual, tiene que ser el motor que impulse la revolución permanente, al tiempo que con ello sienta las bases para su propia disolución como estado y como partido.

Al interior de la organización hay que pugnar por que desaparezcan, en la medida de lo posible y en medio de las tan adversas circunstancias capitalistas, las contradicciones clasistas y de poder, pero no funcionando como un coto vedado sino abierta a la incorporación de todos los que lo deseen. No podría ser de otra manera si de lo que se trata es de hacer la revolución social. Pero hay que aclararlo para quien piense en una suerte de comuna cerrada, o algo así.

Tampoco se trata de privilegiar las relaciones internas sobre las externas: las tareas políticas prioritarias son sin duda las

que buscan antes que nada la incorporación de la clase manual a la organización. Pero eso no quiere decir que se sustenten diferentes categorías de revolucionarios, sino precisamente que se integren a la experimentación comunista.

Ahora bien, se ha hablado de la "organización". Para González Rojo sigue existiendo la necesidad de un partido. La unidad de los revolucionarios es fundamental para su éxito. Y el partido de los trabajadores manuales tiene que reunir a la mayoría de ellos. Y esta reunión partidaria y unitaria es la que puede concebirse como un laboratorio de comunismo.

Sin embargo, de lo que puede concebirse a lo que puede hacerse hay un abismo concreto que todavía parece infranqueable. Por lo menos hay que atreverse, como González Rojo, a reflexionar, discutir, proponer, en una palabra contribuir, en la medida de lo posible, para que la acción de la izquierda en México devenga revolucionaria.

Folletín literario

Periódico "El Universal"

8/XII/87